Antonio Machado

por MANUEL ALTOLAGUIRRE

Del aislamiento de España nos habla "Azorín" en su libro "Castilla." Un senador navarro, González Castejón, en 1840, cuando los primeros ferrocarriles, se oponía a que se construyera el de Madrid a Francia, diciendo esta barbaridad: "Mi opinión constante ha sido que nunca, por ningún estilo, deban allanarse los Pirineos; antes por el contrario, otros Pirineos encima son los que conviene poner". Cuarenta años más tarde—sigue contando Azorín—se imprime en un Tratado de Estrategia que "es ventajoso todo lo que tienda a aislarnos y que respecto a las puertas que en el Pirineo se han abierto conviene cerrar algunas".

¿Quién le iba a decir al poeta Antonio Machado, que tanto hizo en vida para que esas puertas con Europa estuviesen bien abiertas, que las iba a encontrar tan oscuramente cerradas en los días de su muerte? No quiero evocar tales momentos, siglos debí decir, en que rodeado tan de cerca por su familia, por su pueblo, las únicas puertas que le dejaron atravesar fueron las de la muerte.

Comentando yo un soneto de Garcilaso, dije en otra ocasión, que para el poeta de Toledo la vida era como un sendero estrecho, empinado, en cuya difícil cumbre se encontraba la noche. Comparaba yo esta imagen con las que nos da Jorge Manrique en su elegía, que considera la vida como un río en descenso hacia la mar que es el morir. A este concepto tan sosegado y fatalista se opone el de la vida como esfuerzo, con

propia voluntad de elevación. Antonio Machado tan contemplativo, amó siempre por encima de todo los versos de Jorge Manrique. En su rincón provinciano dejaba pasar su vida, tan llena de pensamientos, glosando en ella la repetida imagen:

Nuestra vida son los ríos
que van a dar a la mar
que es el morir. ¡Gran cantar!
Entre los poetas míos
tiene Manrique un altar.

Y sin embargo su muerte iba a ser la otra, la del soneto de Garcilaso:

Y sobre todo espántame en la vía
ejemplos tristes de los que han caído.

tomando al pie de la letra estas dramáticas palabras. Antonio Machado por el sendero estrecho, el del deber, hacia la difícil cumbre, la de la muerte, salió de su España, de su vida, no como un río que va a dar en la mar, sino como un ensordecedor huracán de llanto que va a dar en la noche.

Quizá sea aquí en donde deba citar las palabras de un gran poeta de América, Pablo Neruda, que así refiere la muerte de Don Antonio:

"Y en esta fila amarga, entre los niños hambrientos y las madres heridas, miro antes de morir, a este caballero, a esta apostura de encina y piedra tocada por la nieve, a este héroe de una profunda España, que es ahora solo un estremecimiento, solo una cuchillada en la sangre, sólo una semilla en la frente de todos los hombres".

* * *

Oigamos algunas de sus últimas enseñanzas. En 1936, en los primeros meses trágicos, nos dice: "Escribir para el pueblo ¡que más quisiera yo! Deseoso de escribir para el pueblo, aprendí de él cuanto pude, mucho menos, claro está, de lo que él sabe. Escribir para el pueblo es escribir para el hombre de nuestra raza, de nuestra tierra, de nuestra habla, tres cosas inagotables que no acabamos nunca de conocer. Escribir para

el pueblo es llamarse Cervantes en España, Shakespeare en Inglaterra, Tolstoy en Rusia. Por eso yo no he pasado de folklorista, aprendiz, a mi modo, del saber popular. Siempre que advirtais un tono seguro en mis palabras, pensad que os estoy enseñando algo que creo haber aprenido del pueblo".

Y más adelante esta graciosa burla: "Si quisiéramos piadosamente, no excluir del goce de una literatura a las llamadas clases altas, tendríamos que rebajar el nivel humano y la categoría estética de las obras que hizo suyas el pueblo y entreverarlas con frivolidades y pedanterías".

Porque escuchó atentamente a su pueblo se dió el milagro de que llegara a escribir sus sencillos versos en los años del modernismo, a pesar de que Don Antonio fuera uno de los mejores amigos de Rubén, a quien admiró profundamente. Tal vez la última frase que oí de los labios de Machado fuera esta: "Rubén Darío, para mí, es muy superior como poeta a Don Luis de Góngora". Y sin embargo Antonio Machado no fué un poeta modernista. El mismo se apunta la gloria de haber seguido camino bien distinto: "Pensaba yo que el elemento poético no era la palabra por su valor fónico, ni el color, ni la línea, ni un complejo de sensaciones, sino una honda palpitación del espíritu; lo que pone el alma, si es que algo pone, o lo que dice, si es que algo dice, con voz propia, con respuesta animada al contacto del mundo". Antonio Machado representa ante el renacimiento modernista iniciado por Rubén Darío, desde las Repúblicas de América, lo que representó en menor grado, en el siglo XVI, Cristóbal de Castillejo con relación al otro renacimiento iniciado por Garcilaso, desde las Repúblicas de Italia. Frente a la aristocracia del arte, Machado colocó lo popular del sentimiento. Voy a tratar de exponer algunas de sus ideas sobre la cultura española.

Antonio Machado hace una separación, divide en dos campos nuestra literatura. Frente a lo calderoriano, coloca lo cervantino, que es casi como dividir el pensamiento en dos mundos: el artístico en que todo es fantasía, sueño, hasta la vida,

y el natural en que todo es realidad, vida, hasta el sueño. Segismundo y Don Quijote frente a frente. La obra de Cervantes frente a la de Calderón debiera titularse "Don Quijote o el sueño es vida".

Tal vez sea Valle-Inclán el gran calderoniano de nuestra época, con el que Machado a más de estrecha amistad y respeto mantiene notables coincidencias. Sobre todo en su capacidad para lo cómico. Porque Machado, el severo poeta de Castilla, es un agudo humorista y su poesía satírica de la mejor estirpe. Antes de la guerra me encontré en Madrid con un hermano suyo. Me invitó a que fuera a tomar algo en el café Varela en donde se reunían. Al poeta le gustaba hacer reir con sus ocurrencias. Naturalmente no cultivaba el chiste.

En un hotel de Barcelona me decía: "No puede Vd. figurarse el daño que hace el chiste grosero, esa gracia gorda de las comedias de hoy día. El público se acostumbra y luego es imposible hacerle sonreir con una fineza. Así resulta que esto que es tan gracioso—y me citó no sé que palabras de Cervantes—no hace reir a nadie". Aquella tarde me habló con entusiasmo juvenil de la literatura francesa. Sin embargo yo le encontré muy viejo. Hundido en el sillón, con su traje verdoso o gris oscuro, muy salpicado de picaduras de tabaco, la frente hermosa pero con venas como larvas, muy sinuosas y salientes, la mirada noble, el labio superior alzadocon orgullo, todo él bajo una espesa lluvia de ceniza.

Las cosas que le hacían gracia a Don Antonio, que le hacían toser y sonreir, eran frases de este estilo: "El silencio es el aspecto sonoro de la nada". Le gustaba el juego espiritual, lo entendía siempre. Pero lo gracioso era para él algo muy serio y tenía que estar equilibrado por otra gran ala, por lo trágico. Su pensamiento en luz y sombra de continuo, se inclinaba a diestro y siniestro, entre el día y la noche, entre la negación y la fe, entre la alegría y la desesperación. Pero el pensamiento era para el poeta algo ajeno a su ser, algo exterior que le servía para sentir la vida. Por eso cuando piensa toma

de dos figuras imaginarias sus pensamientos, son Juan de Mairena y Abel Martín sus pensadores. Desde que inventa estos dos personajes su obra se sostiene en un continuo balanceo, en una ajena duda. Coloca la incertidumbre religiosa fuera de su alma. Considera la duda como factor necesario para su creencia. Cree profundamente:

¡Oh fe del meditabundo!
¡Oh fe después del pensar!

Y en otra ocasión nos dice: "Aprende a dudar, hijo, y acabarás dudando de tu propia duda. De este modo premia Dios al escéptico y confunde al creyente".

Con Unamuno, el otro gran quietista de su tiempo, se indigna contra quienes hacen de la vida espiritual, de la vida del pensamiento, cosa vedada. Todo ha sido ya pensado anteriormente para esos vividores. Les basta con la fe del carbonero. Rezan a un Dios que no conocen, aman unas verdades que ignoran y fatigados de antemano de toda especulación metafísica ponen en alto la oración que vi grabada en los muros de un convento: "Líbrenos Dios de la funesta manía de pensar." Palabras que están dentro del espíritu de la reacción española de todos los tiempos, pero que siempre fueron contradecidas por los fundadores, reformadores, pensadores católicos de España. Miguel de Unamuno y Don Antonio Machado forman parte de esa legión de Santos.

Juan de Mairena escribe: "Cuando leais la obra de Descartes, el mayor padre de la filosofía moderna, vereis como es la duda lo que no aparece por ninguna parte. Duda poética, que es duda humana, de hombre solitario y descaminado, entre caminos, entre caminos que no conducen a ninguna parte".

La duda humana, entre caminos que no conducen a ninguna parte, no aparece tampoco en la obra de Don Antonio. ¡Cómo se hace querer el poeta por sus versos! Extraña cosa en una poesía de sus calidades, porque Antonio Machado, aunque

le llega la voz de Bécquer, y fuera sevillano como él por su nacimiento, no es un poeta amable en el sentido andaluz de la palabra. El amor en Andalucía, muchas veces es cuestión de labia, de boquilla, como allá se dice. En Andalucía el amor es cuestión de labia o de hondura. Tiene la gracia superficial de las flores o el dolor hondo de las raices profundas. Amor de herida, oscuro, entrañable, en el sentido físico de la palabra. El amor en Castilla es más noble. Hace del amor ejercicio de inteligencia. Es cuestión de conducta. Continuamente domina su pasión para no herir, tampoco suele quejarse de las heridas que recibe.

Antonio Machado canta:

¿Por qué, decisme, hacia los altos llanos
huye mi corazón de esta ribera
y en tierra labradora y marinera
suspiro por los yermos castellanos?
Nadie elige su amor. Llevóme un día
mi destino a los grises calvijares
donde ahuyenta al caer la nieve fría
las sombras de los muertos encinares.
De aquél trozo de España, alto y roquero,
hoy traigo a ti, Guadalquivir florido
una mata del áspero romero.
Mi corazón está donde ha nacido
no a la vida, al amor, cerca del Duero...
¡El muro blanco y el ciprés erguido!

No a la vida, al amor, nació el poeta en Castilla; en Soria, en donde conoció a su esposa, cuyo recuerdo le acompañó siempre. No sé quien me contó que al poco tiempo de casada la mujer del poeta sufrió una larga enfermedad que la llevó a la muerte. Me dijeron que Antonio Machado la conducía de paseo, en su carrito de inválida, por las calles de la ciudad castellana, durante largos años. A mí me producía mucha pena esta historia. Y cuando leo sus poemas que se refieren a estos tristes amores me entran ganas de llorar. El poeta los agrupó

bajo el título: "Los sueños dialogados" siendo el anterior soneto el segundo de la serie. El primeero dice así:

¡Cómo en el alto llano tu figura
se me aparece!... Mi palabra evoca
el prado verde y la árida llanura,
la zarza en flor, la cenicienta roca.
Y al recuerdo obediente, negra encina
brota en el cerro, baja el chopo al río;
el pastor va subiendo a la colina;
brilla un balcón de la ciudad, el mío,
el nuestro. ¿Ves? Hacia Aragón, lejana
la sierra de Moncayo, blanca y rosa...
Mira el incendio de esa nube grana,
y aquella estrella en el azul, esposa.
Tras el Duero, la loma de Santana
se amorata en la tarde silenciosa.

"Los sueños dialogados" con su esposa muerta, llenan su soledad de fiel amante:

Con el incendio de un amor prendido
al turbio sueño de esperanza y miedo
yo voy hacia la mar, hacia el olvido.

Así fué su gran amor. Fiel amante y leal amigo era ante todo el poeta. He citado los nombres de Valle-Inclán, de Unamuno, de Azorín,

"Admirable Azorín, el reaccionario"

como le canta cariñosamente.

A Unamuno le dice:

Siempre te ha sido ¡oh Rector
de Salamanca! leal
este humilde profesor
de un instituto rural.

En cuyos sencillos versos, encontramos el abjetivo que acabo de asignarle, leal. Fiel amante y leal amigo Antonio Machado es ejemplo también de lealtad y fidelidad al pueblo a

quien entregó su vida, lealtad que le lleva a encararse con él cuando le ve descaminado, fidelidad que le guarda hasta la muerte.

Esta fidelidad se encuentra en sus mejores poemas:

Yo contemplo mi equipaje
mi viejo saco de cuero
y recuerdo otro viaje
hacia las tierras del Duero.
Otro viaje de ayer
por la tierra castellana
¡Pinos del amanecer
entre Almazán y Quintana!
¡Y alegría
de un viajar en compañía!
¡Y la unión
que ha roto la muerte un día!
¡Mano fría
que aprietas mi corazón!

Otra vez el sentimiento elegiaco por su esposa. A causa del vacío que le dejó la muerte no ve por los luminosos campos de Jaén que recorre sino "montes y valles sombríos" para terminar con esta copla, que ahora le sale de lo más hondo de su Andalucía:

Tan pobre me estoy quedando
que ya ni siquiera estoy
conmigo, ni sé si voy
conmigo a solas, viajando.

Es frecuente en los versos que pudiéramos llamar prosáicos de Machado, en donde la ironía y el pensamiento lógico son los principales elementos, encontrar las más profundas palpitaciones del espíritu:

¿En estos pueblos se escucha
el latir del tiempo? No.
En estos pueblos se lucha
sin tregua con el reló,
con esa monotonía

que mide un tiempo vacío.
Pero ¿Tu hora es la mía?
¿Tu tiempo reloj, el mío?
(Tic-tic. Tic-tic) Era un día
(Tic-tic. Tic-tic) que pasó
y lo que yo más quería
la muerte se lo llevó.

Su poesía popular, dramática, adquiere su más definitiva sencillez y profundidad en el hermoso poema "La Tierra de Alvargonzález". Antonio Machado nos confiesa que aprendió a leer en el Romancero General que compiló su tío Don Agustín Durán. El Romancero, Manrique, Garcilaso, Cervantes y Bécquer tal vez fueran sus poetas preferidos, pero nunca hizo simulación retórica con ellos. Es admirable la continuación que encuentra en Machado nuestra lírica tradicional, pero esta continuación nunca es eco ni resonancia, sino natural enriquecimiento, porque Machado añade a nuestra poesía elementos de vida que antes no habían sido expresados, porque sus versos imperecederos descubren claramente la hora y lugar en que fueron dados a la luz. Al escribir el romance de Alvargonzález no era propósito del poeta resucitar el género en su sentido tradicional. La confección de nuevos romances viejos —caballerescos y moriscos—no fué nunca de su agrado y toda simulación de arcaismo le parecía ridícula. Quizo inventar historias animadas, que pudieran vivir por sí mismas.

* * *

He trazado sobre la tumba del poeta una gran cruz de poesía. Desde Jorque Manrique y Garcilaso, cruzándole el corazón una línea baja hasta García Lorca y Alberti, sus mejores discípulos. Otra línea menor, más corta, horizontal, toda presente, es la que va desde Azorín y Unamuno hasta Valle-Inclán y Juan Ramón Jiménez, sus contemporáneos. Por ella circulan todos los nombres del 98, por quienes Machado en los últimos años de su vida alzó la voz en tono de defensa: "Estos jóvenes—Mairena aludía a los que hoy llamamos veteranos del 98—

son acaso la primera generación española que no sestea ya a la sombra de la Iglesia, o si os place mejor, a la sombra de la sombra de la Iglesia. Son españoles españolísimos, que despiertan más o menos malhumorados al grito de ¡Sálvese el que pueda!

Y ellos se salvarán, porque no carecen de pies ligeros ni de plumas recias. Pero vosotros tendréis que defender su obra del doble **Index librorum prohibitorum** que la espera: del eclesiástico indefectible y... del otro. Del otro también, porque, frente a los que sestean a la sombra de la Iglesia están los que duermen al sol, sin miedo a la congestión cerebral, los cuales llevan también el lápiz rojo en el bolsillo".

Estas palabras de Machado, escritas en plena guerra, nos dan la medida de su liberalismo. Lo más importante de la lucha es para Machado el respeto al enemigo. Valoremos en toda su intención la siguiente parábola.

Juan de Mairena dice así:

"Os confieso mi poca simpatía por los boxeadores americanos. Hay algo en ellos que revela la perfecta ñoñez de las luchas supérfluas a que se consagran y es la indefectible jactancia previa de la victoria. Si interrogáis a Jhonson en víspera de combate, Jhonson os dirá que su triunfo sobre Dewey es seguro. Si interrogáis a Dewey, Dewey no vacilará en contestar que Jhonson es pan comido. Y yo desearía un juez de campo tan hercúleo que fuese capaz de coger a Johnson y a Dewey y de aplicarles una buena docena de azotes en el trasero. ¡Qué falta de respeto al adversario! Y sobre todo ¡qué falta de modestia! ¡Cómo se ve que estas luchas, no siempre incruentas, tan del gusto de los papanatas, no pueden contener un átomo de heroismo! Porque lo propio de todo noble luchador no es nunca la seguridad del triunfo, sino el anhelo ferviente de merecerlo, el cual lleva implícita—¿cómo no?— la desconfianza de lograrlo.

El torero, el gladiador estúpido, según el apóstrofe airado de un poeta, es mucho menos estúpido que el boxeador.

—¿Y qué nos va usted a enseñá esta tarde, Sarvaó?

—Pue, que a sartá el olivo.

—¡Maestro!

—Si sale un torillo claro, s'ará lo que se puea.

Ee decir, lo que hace un hombre, en las circunstancias en que un hombre pueda hacer algo con un toro de lidia. Quien habla así podrá no ser un héroe pero no es un bruto.

Hacer lo posible por merecer el triunfo es lo que dignifica la lucha y en la conciencia de esa dignidad es donde reside la verdadera la única victoria".

A nosotros nos toca buscar este triunfo.